

EMILIO FRUGONI

El Socialismo

Conferencia pronunciada en el Ateneo
bajo los auspicios del Centro Cultural
"Liceo Nocturno"

(Versión taquigráfica)

SALA URUGUAY



EDICIONES DE "EL SOL"

MONTEVIDEO

10 HX 21. Fr. 59

0 152638

(4)

Handwritten text in red ink, possibly a signature or date.



SALA URUGUAY

Introito

El tema que me han propuesto, o impuesto, los organizadores de este acto, no puede menos de serme agradable porque me permite exponer ideas a cuya propagación vengo dedicando desde hace veinte años las mejores energías de mi espíritu.

Debo hacer una simple exposición de doctrina y no un discurso de propaganda; pero si de la exposición resulta la propaganda, porque hay cosas que se recomiendan con sólo exponerlas, yo no he de sentirme, ciertamente, molestado por ello ni nadie tendrá el derecho de molestarse.

Hace algunos años el ilustre socialista argentino doctor Juan B. Justo, uno de los más altos valores del socialismo internacional en la hora presente, comenzaba una conferencia famosa sobre el mismo tema de la mía manifestando lo contrario que yo, es decir, que venía a explicar el socialismo en su sentido general, venciendo una íntima resistencia. "Me atraen, decía, los problemas concretos y en mi acción práctica he mostrado como entiendo la doctrina, no dejándola aparecer sino aplicada. Tengo, añadía, cierto pudor por mis hipótesis y por mi ideal. No los oculto tanto que puedan quedar estériles, pero pienso que demasiado nos dividen a los hombres las cosas de la vida práctica para que tengamos que

separarnos aún más por jaetancias de teoría”.

Yo también creo más útil y conveniente a los fines inmediatos y prácticos de nuestra acción, marchar adelante jalonando el camino con actos que traducen la interpretación de la doctrina profesada, o explicar ésta, o una parte de ésta, relacionándola directamente con algún problema actual, vivo, preciso y concreto, que hacer, en el plano de las abstracciones mentales explicaciones o exposiciones teóricas de la doctrina, destinadas tan solo, naturalmente, a abarcar en sus líneas generales, su conjunto ideológico. Eso corresponde más bien a la misión de la cátedra. Pero como quiera que la cátedra es uno de los más altos y caracterizados vehículos de ideas, que difunde por el órgano de su exposición y de su análisis, a mi me place ascender hasta ella, sobre todo cuando se trata de una cátedra, no precisamente académica sino eminentemente popular como esta lo es, y máxime todavía cuando puedo hacerlo sin ocultar, sino exhibiendo, mi personalidad de propagandista y sin poner del todo a la sordina el tono militante y polémico de mis propias y bien conocidas convicciones. Por eso, me agrada entretemperme esta noche haciendo ante ustedes una disertación explicativa de lo que es el socialismo, de sus bases, de sus postulados, de sus principios y de sus fines, ya que mucho se habla en nuestro medio de nuestro ideal, muchas veces para osentrecerlo en una nube de intrincados equívocos y hasta para explotar el prestigio político de su nom-

bre en provecho de causas ajenas a nuestra verdadera ideología.

El tema es tan amplio que al ir a abordarlo se experimenta la misma indecisión que hacia exclamation en cierta ocasión a Fausto: “¿Por donde comenzar”.

Aclarando términos

Entraremos en materia como corresponde y más conviene, por la puerta de las definiciones: “Qué es el socialismo”.

Hace alrededor de tres cuartos de siglo, respondiendo a esta pregunta ante un Tribunal de Justicia. Prudhon decía que socialismo es la aspiración hacia una sociedad más justa y más humana, a lo cual contestaba, y no sin acierto, el presidente del Tribunal: “Entonces yo también puedo considerarme socialista”. Y es que la respuesta de Prudhon no define el socialismo.

Apresurémonos a declarar que actualmente sólo puede llamarse socialista el que aspira a la socialización de la propiedad, es decir, a que la propiedad sea un derecho de la sociedad y no del individuo.

Confusiones y ambigüedades en torno de la palabra socialismo y de la palabra socialista, han sido de todos los tiempos. En nuestra América, en el Río de la Plata, tenemos un ejemplo histórico de la diferencia existente entre el contenido que hace noventa o cien años se le daba a esa palabra y el contenido que hoy le damos los socialistas.

El poeta argentino Esteban Echevarría, que era — y así se mostró, sobre todo en su estudio

sobre el sentido filosófico de la Revolución de Febrero en Francia — un discípulo de Pierre Lerroux y de Saint Simón, tituló “Dogma socialista” el famoso manifiesto de la Asociación de Mayo.

Me parece oportuno advertir que muchas personas pueden ser inducidas a error al observar lo que ocurre hoy mismo en algunas naciones, como Francia, donde ciertas fracciones políticas de la burguesía, agregan a su denominación verdadera y fundamental, la de “Socialista”, nada más que por haber adoptado una parte más o menos grande del programa mínimo socialista. Así ocurre con el Partido Republicano Socialista, y con el Radical Socialista, de mucha mayor importancia numérica y de mayor influencia en la vida pública de esa nación, hasta el punto de ser el que en la actualidad tiene las riendas del gobierno. El Partido Radical Socialista es un gajo desprendido del antiguo radicalismo francés, que añadió a su primitiva denominación de radical, esa otra, para indicar su tendencia más avanzada y socializante, por decirlo así, pero conservando su carácter de perfecto partido burgués, porque permanece fiel a los principios de la propiedad privada de los medios de producción y de cambio y no actúa en el terreno de la lucha de clases, cuyo principio no acepta.

En el “Dogma Socialista”, que el poeta argentino escribió y publicó, como saben todos ustedes en Montevideo allá por el año 1838, se proclama, es cierto, el principio saintsimoniano de a leada hombre

según su capacidad; a cada capacidad según sus obras". Pero no se dice nada allí del régimen de la propiedad y se erige en substancia esencial y condición de la democracia, que se persigue como fin supremo, no la desaparición de las clases, sino la igualdad de las mismas, pareciendo que Echevarría atribuye a la democracia política en sí un contenido social y no precisamente socialista; y a ese contenido social alude en el título de su obra, que por eso resulta ahora confuso y poco adecuado. Echevarría había trabado conocimiento en Francia con las escuelas de aquellos reformadores sociales que a fines del siglo 18 y principios del 19, aunque debatiéndose en el plano de las abstracciones políticas y filosóficas, de los generosos impulsos filantrópicos, de las puras construcciones mentales, como Babeuff, Fourier, Saint, Simón, su discípulo Lerroux, Prudhon, Luis Blanc, etc., abrieron en el espíritu humano una brecha por donde habrían de hacer irrupción más tarde las verdades del socialismo científico, del cual fueron precursores y vanguardia, sean cuales fueren las diferencias de concepción teórica o de acción práctica que de él los separan.

Socialismo utópico y socialismo científico

Engels dedicó un estudio interesantísimo a lo que él llama socialismo utópico, señalando el papel desempeñado en la evolución de las ideas socialistas por la obra de esos reformadores, desde Babeuff a Ri-

cardo Owen. "El conjunto de ideas que el moderno socialismo representa — dice Engels — es sólo el reflejo en las inteligencias, por una parte, de la lucha de clases existente entre los poseedores y los desposeídos, y por otra parte, de la anarquía reinante en la producción. Pero su forma teórica preséntase desde luego como una continuación más extensa y más lógica de los principios formulados por los grandes filósofos franceses del siglo pasado.

"Los grandes pensadores del siglo 18 — añade — no pudieron salirse de los límites impuestos por su época, pero junto al antagonismo existente entre la burguesía y el feudalismo, había el de los explotados con los explotadores, el de los ricos con los pobres. En las luchas con la nobleza, la burguesía representaba a las diversas clases trabajadoras de su tiempo; mas junto a cada movimiento burgués estallaba el de la clase que era la antecesora, más o menos desarrollada, del moderno proletariado. En Alemania, durante la Reforma, surge Tomás Munzer; En Inglaterra, surgen los niveladores, durante su gran revolución, y durante la gran revolución francesa, surge Babeuf. A estos levantamientos de una clase aún no formada del todo, correspondían manifestaciones teóricas, y así en los siglos 16 y 17, aparecieron descripciones de sociedades ideales que en el siglo 18 eran ya teoría francamente comunista (como vemos con Morelly y Mably). La primera forma de la nueva doctrina fué una especie de comunismo ascético, calcado en la consti-

tución de la antigua Esparta. Luego surjieron los tres grandes utopistas: Saint Simón, Fourier y Owen. Hasta aquí Engels.

Por su parte Aquiles Loria, el gran economista italiano divide también el socialismo según su calidad — son sus palabras — en dos categorías: el utópico o fantasista y el científico. El primero data de los más remotos tiempos; el segundo cuenta alrededor de unos 80 años.

Las evoluciones del socialismo, dice Loria, acompañan rítmicamente a la ciencia económica de que dependen, tan necesariamente como el bucco de una medalla depende de su relieve. Presenta aspectos utópicos durante todo el tiempo en que la economía se pierde en fantásticos extravíos y no se transforma y adquiere carácter científico y exacto sino cuando la economía, a su vez, se transforma en una verdadera ciencia positiva.

Escritores socialistas los ha habido hasta en el fabuloso y antiguo Oriente, en la China, y en la India legendaria, como por otra parte en el Continente Americano hubo hasta hace cinco siglos pueblos que habiendo llegado a un grado importante de civilización vivieron bajo un régimen de comunismo relativo.

En Grecia donde, como acabamos de ver por las palabras de Engels, Esparta se había dado una Constitución parcialmente comunista, el divino Platón concibe una república comunista, también de un comunismo minuciosamente reglamentado y parcial, con clases y con esclavos. En el comunismo platónico

la propiedad debía permanecer en común entre los componentes de las dos clases superiores, los guerreros y los magistrados; pero los artesanos y los esclavos debían trabajar y producir para el mantenimiento de aquellos.

Aristóteles, que era también un poco socialista, combatió el comunismo platónico, y Aristófanes lo ridiculizó en su comedia "La Asamblea de las mujeres". Pero la idea comunista reaparece en los estóicos y florece en el cristianismo de los primeros tiempos.

Jesús predicaba máximas socialistas y los primeros padres de la iglesia condenaban, como él, la riqueza y la propiedad. Uno de ellos, San Juan Crisóstomo, llegó a decir que "nadie debe dar el nombre de propiedad a ninguna cosa, sea cual fuere; lo tuyo y lo mío son mentira". Y San Ambrosio decía, por su parte, que Dios había dado por igual la tierra a los pobres y a los ricos, "¿Por qué entonces, oh ricos, la consideráis vuestra propiedad exclusiva?" Y agregaba: "La naturaleza ha creado el derecho común, la usurpación al derecho privado".

Con estas declaraciones del cristianismo primitivo están emparentadas las manifestaciones del socialismo sentimental que aparecen en la Edad Media y en los albores de la era moderna.

El monje Campanella, con su "Cité del Sole", donde describe una constitución comunista que siglos más tarde había de ser adoptada en las misiones jesuíticas del Paraguay, y Tomás Moore con su libro "Utopía" son los más altos re-

presentantes, durante todo este largo período, del ideal comunista.

Luego la revolución francesa, como dice Loria, provoca un gran florecimiento de ideas socialistas que maduran durante la revolución o poco después, florecimiento que va desde Mably, a Proudon, desde Brissot de Warville a Luis Blanc. Esta vibración espiritual e intelectual debía propagarse necesariamente a Alemania donde el metafísico Fichte traza un esbozo de comunismo en su libro "El Estado Comercial Cerrado", y el filósofo Grüm hace crítica social basándose en los principios hegelianos. Y tras estas manifestaciones de un socialismo todavía fantasista, surge allá mismo, en Alemania, el socialismo moderno, el científico, que empieza con los trabajos de Lasalle, de Robertus, de Marlo, de Enjels, pero que se afirma en toda la potencia de su fuerza crítica y de su virtud dinámica con Carlos Marx, el gran sistematizador de la idea socialista, el que mientras la consubstanciaba con el movimiento obrero, le daba base sólida en las racionales comprobaciones históricas y en las científicas indagaciones de la economía política.

La producción capitalista

Del mismo modo que el materialismo metafísico del siglo 18 no armoniza con las conclusiones de la ciencia natural moderna, el socialismo de los reformadores, que todo lo confiaba a un impulso generoso del ánimo de las clases privilegiadas y gobernantes, no se concilia con la nueva concepción mate-

rialista de la historia. De acuerdo con la concepción materialista de la historia, — todos ustedes saben que Marx fué el fundador del determinismo económico — la producción capitalista, cuyos efectos terribles pintaba y analizaba el socialismo hasta entonces sin ir más allá, fué necesaria durante todo su correspondiente período histórico.

Marx fija el sitio que ocupa esa producción en el desarrollo de la historia humana y demuestra que una vez cesadas, desaparecidas las circunstancias históricas que la hacen necesaria, debe necesariamente desaparecer. Además, él saca a la luz de la crítica lo que podríamos llamar la entraña moral de la producción capitalista, su naturaleza íntima, su resorte oculto; hace el descubrimiento de la “supervalía” o del “plus valor” probando que el capital se queda con una parte más o menos grande de trabajo no pagado y que la acumulación de este trabajo impago es lo que constituye el capital. Demuestra que mientras el capitalista paga al obrero su fuerza de trabajo tratándola como una mercancía cuyo valor es el que tiene en el mercado, él saca de esa mercancía un valor más grande que el que ha dado por adquirirla.

La fuerza humana de trabajo, dice, es en la explotación capitalista una mercancía por la cual se paga su valor de cambio, fijado como el de toda mercancía, por el tiempo de trabajo empleado en producirla.

Ahora bien: el equivalente del tiempo de trabajo necesario para producir la mercancía “fuerza de trabajo” es el precio de todo lo que

el obrero necesita para vivir y renovarse o, en otros términos, para entretener su fuerza de trabajo y reproducirla.

Este concepto de que el capitalista paga al obrero lo indispensable para vivir y reproducirse es el mismo con que Lasale formulara su famosa ley de bronce, según la cual los salarios, normalmente, no pueden pasar de ese límite, porque cuando sube la cifra de los salarios, los capitalistas aumentan el precio de todas las cosas, y cuando las cosas se abaratan, los capitalistas, por lo mismo, reducen la producción y bajan los salarios, favorecidos por el exceso de brazos, por el ejército de reserva del capital.

Felizmente esta ley de bronce no es una verdadera ley económica, fatal e inflexible. La organización obrera consigue contrarrestar esa tendencia inmanente del capitalismo a rebajar el precio de la mano de obra, y las condiciones de vida de muchos trabajadores, en los países más adelantados, están frecuentemente por encima, y a veces muy por encima, de lo que reclaman sus simples necesidades fisiológicas.

Por otra parte, el mismo Marx hace intervenir en la determinación del valor de la fuerza de trabajo, un elemento histórico y moral que basta por sí solo para alejarnos indefinidamente de ese extricto límite fisiológico. Pero lo innegable es que el capital se queda siempre con una parte de trabajo no retribuido. Si un obrero, por ejemplo, puede durante seis horas de labor reproducir el valor de su fuerza de trabajo o, para decirlo más claramente, producir su salario, tiene

todavía que trabajar unas cuantas horas más — todas las que permita la legislación industrial o la organización de los obreros, cuando no su resistencia física y su pasividad, — y en esas horas trabajará entonces para costear los otros gastos de explotación: el costo de la materia prima, los gastos de dirección, de organización, de ordenación del trabajo, etc., y para la ganancia. La ganancia viene a estar entonces constituida por la suma de los valores creados por el obrero durante ese tiempo en que ha trabajado no para costear su salario y demás gastos de explotación, sino después de descontado todo eso.

Queda así explicada la formación del capital, la naturaleza del salario, que no es nunca el producto íntegro del trabajo, y la naturaleza íntima de la explotación capitalista.

Hay todavía otro elemento de que el capital se adueña sin pagarlo. ¿ Los capitalistas nada cuestan, dice Marx, las fuerzas creadas por la cooperación y la división del trabajo. Ya Prudhon había observado que cuando se reúnen varias fuerzas individuales surge una nueva fuerza, un cociente de eficacia del trabajo superior a la simple suma de las fuerzas personales aisladas. Y es siempre Marx quien en su libro "El Capital" recurre al ejemplo del escuadrón de caballería cuya fuerza de ataque es superior a la suma de las fuerzas puestas en juego por cada uno de los soldados separadamente. Así en el trabajo es distinta la suma, la simple suma de las fuerzas de los obreros que trabajan, aisladamente, a la fuerza

que se desenvuelve cuando todos ellos trabajan ordenada y coordinadamente en una misma operación. Es la virtud maravillosa de la cooperación que hace actuar y moviliza a las que Marx ha llamado fuerzas naturales del trabajo social, y los productos de esas fuerzas el capital se los adueña sin retribuirlos. Se dice que le corresponden, que le pertenecen, porque es precisamente misión del capital hacer posible y determinar la cooperación, y, en efecto, en la sociedad capitalista sólo el capital puede costear la formación de esos grandes centros de labor en que se reúnen muchas fuerzas individuales para crear, bajo la égida de la división del trabajo, esa grande y nueva fuerza colectiva; pero en una organización social donde la sociedad desempeñase la misión y tuviera los medios de montar ella por sí sola los mecanismos orgánicos de la producción, prescindiendo de la intervención parasitaria del capital, los productos de esa nueva potencia económica recaerían por entero sobre la colectividad — una colectividad de trabajadores, desde luego.

La justicia económica

Y no es ni siquiera necesario encarar el problema desde el punto de vista ético. No hay por qué hablar de justicia, palabra un poco abstracta, que dentro de la concepción del determinismo económico contiene tan solo una relatividad histórica y contingente; basta referirnos a las conveniencias sociales, identificadas con los intere-

ses del trabajo. Y por ese camino se llega, es lo curioso, a una solución de justicia y, lo que es más curioso todavía, a una solución de justicia cuyo fundamento y razón derivan de los principios mismos de la economía burguesa!

Ricardo y Adam Smith, dos grandes economistas, dos de los padres de la economía ortodoxa, daban como fundamento del valor, el trabajo; y Carlos Marx pudo hacer entonces la observación de que si el valor de cambio de toda mercancía es equivalente al tiempo de trabajo que contiene, el valor de cambio de una jornada de trabajo es igual al producto obtenido durante esa jornada, o, en otras palabras: que los salarios deben ser iguales al producto del trabajo. Y esto no ocurre.

Si de acuerdo con un concepto moral de la economía política (la Economía y la Moral marchan estrechamente unidas, como lo demuestra el hecho de que haya sido en "La Ética" de Aristóteles, donde por primera vez se habla de cuestiones económicas, y recordemos además que el famoso libro de Adam Smith sobre la causa y la naturaleza de la riqueza de las naciones, uno de los evangelios de la economía política burguesa, debió formar parte de una teoría general de los sentimientos morales), si de acuerdo, digo, con un concepto moral de la economía los productos del trabajo deben pertenecer al trabajo, es justo retribuir los trabajos de dirección, de organización de administración, etc., pero no lo es sacar de esa masa de productos una porción más o menos grande

sin apartar trabajo alguno. De suerte que una sociedad que lograra prescindir de la intervención parasitaria del capitalista, como intermediario inútil en cuanto capitalista, no ya como organizador o director, que es cosa aparte, y suprimir con el capital la enorme prima que este se cobra por el servicio que hoy presta, habría implantado la justicia perfecta en el plano de la economía social.

Socialismo y movimiento obrero

Por lo demás, recordemos que el mayor mérito de Marx, en concepto de Jaurés, consiste en haber acercado y confundido la idea socialista y el movimiento obrero.

Los reformadores utópicos, de que nos habla Engels no aparecen como representantes del proletariado, por lo mismo que el filósofo y pensador del siglo XVIII no se propuso manumitir una clase determinada, sino a toda la humanidad.

“En el primer tercio del siglo XIX, — dice Jaurés — la fuerza obrera se ejercitaba y luchaba contra el poder del capital, pero sin tener conciencia del fin a donde se dirigía, sin saber que en la forma comunista de la propiedad estaba el fin de su esfuerzo. Y, por otra parte, el Socialismo ignoraba que en el movimiento de la clase obrera estaba su realización viva, su fuerza concreta e histórica. La gloria de Marx consiste en haber sido el más claro, el más vigoroso de los que pusieron fin a lo que había de empirismo en el movimiento obrero, a lo que había de utópico

en la idea socialista. Por una aplicación soberana del método Hegeliano, unificó la idea y el hecho, el pensamiento y la historia. Puso la idea en el movimiento y el movimiento en la idea; el pensamiento socialista en la vida proletaria y la vida proletaria en el pensamiento socialista. Desde ahora el socialismo y el proletariado son inseparables: el socialismo no realizará por completo su idea, sino con la victoria del proletariado y el proletariado no realizará por completo su misión, sino con la victoria del socialismo”.

Es, pues, desde Marx, que el socialismo adquiere además de su carácter de concepción teórica científica, la de movimiento y acción mundial, internacional de clase. Ambos caracteres van inseparablemente unidos como los dos elementos constitutivos de una misma sustancia química, como el hidrógeno y el oxígeno que componen el agua. En cuanto a concepción científica, es, según la fórmula de Engels, la expresión teórica del movimiento obrero; en cuanto movimiento, nadie lo ha definido mejor que el doctor Justo en la conferencia de que les hablara al principio, cuando dice que “el Socialismo es el movimiento en defensa y por la elevación del pueblo trabajador que, guiado por la ciencia, tiende a realizar una libre e inteligente sociedad humana basada en la propiedad colectiva de los medios de producción”. Están ya comprendidos en la definición los dos elementos: la acción y la idea. “La agitación proletaria, fuerza viva del movimiento, y su objetivo ideal”. Son prácticamente

inseparables — lo repito. — La agitación proletaria sin la idealidad socialista, no es socialismo; el Socialismo o la idealidad socialista abstracta, divorciada de la acción de clase del proletariado, es socialismo en el vacío, a medias, más o menos utópico, perteneciente si acaso al orden de ciertas especulaciones políticas o de ciertas manifestaciones puramente intelectuales, algo así como una especie de flor del aire del espíritu humano.

El socialismo en el Uruguay

Un movimiento semejante, es decir, una manifestación local de ese movimiento universal debía por fuerza surgir también en nuestro medio, donde existe el proletariado, donde hay, en las ciudades y en el campo, una cantidad de hombres sometidos, como productores, al régimen del salario y del capital: donde existe, por otra parte, el régimen jurídico de la propiedad privada de la tierra y demás medios de producción; donde hay, en grado relativo, naturalmente, la sustancia viva, el elemento activo del movimiento, y las razones, las causas de organización social que lo provocan y lo hacen necesario en todas partes del mundo

Para propagar las ideas socialistas y propender a la evolución de la vida nacional en sentido socialista, propiciando, procurando y preparando la implantación del socialismo, se ha constituido entre nosotros, hace algunos años, un partido, organización política de la clase trabajadora. Ese partido ha expresado en forma sintética, en

un documento que contiene lo que podríamos llamar el esquema de su ideario, su manera de entender las causas y los móviles de su acción, así como su acción misma, y a mí me parece conveniente—a los efectos de esta disertación explicativa—referirme siquiera sea a una parte de ese documento, con cuyos conceptos y puntos de vista, naturalmente por ser su autor, estoy en un todo de acuerdo. Voy a permitirme leer un breve fragmento de esa declaración de principios.

Dice así:

“En nuestro país rige, como en casi todas partes, el sistema capitalista, origen de tantas miserias, injusticias y desigualdades; y eso hace imprescindible entre nosotros también, la organización del proletariado para la defensa de sus derechos y la realización de las transformaciones fundamentales necesarias para la desaparición de aquellas.

“Es el nuestro un país donde, — como ocurre en todo el continente Suramericano — la propiedad de la tierra asume todavía formas semi-fundales, con los despoblados latifundios en que un proletariado ignorante y sumiso vegeta en el atraso y la abyección entre sueltos ganados que son la ingente riqueza de unos pocos grandes señores del suelo nacional.

“Hay, pues, una cuestión agraria por resolver, y que sólo podrá ser resuelta mediante la firme voluntad y el claro criterio de una clase productora consciente de sus intereses y dispuesta a promover, para decisivo impulso del progreso colectivo y para bien de los destinos

nacionales, la desaparición del latifundio privado, determinando así el natural desarrollo demográfico que será espontánea consecuencia de dicha desaparición.

“El Partido Socialista surge para ser factor de las sucesivas transformaciones orientadas hacia la implantación del socialismo. Llama al pueblo trabajador a congregarse en sus filas de partido de clase, entendiéndolo que para formar la gran fuerza consciente que ha de realizar esa profunda y metódica revolución deben aprovecharse los derechos políticos inherentes a la democracia y que la conquista democrática de los poderes públicos es una finalidad vinculada a la posibilidad de esas realizaciones decisivas; al mismo tiempo que propicia la organización de los trabajadores en el campo económico y gremial, por considerarla otro de los medios eficaces de oponerse a los abusos del capitalismo y de obtener el mejoramiento de los productores, condición indispensable a la organización y crecimiento de las grandes huestes emancipadoras.

“Para llevar a cabo su obra de elevación del pueblo laborioso y de gradual e inmediata modificación de las formas sociales, políticas, económicas y civiles, en un sentido revolucionario de humanización, democratización y reparación progresiva, se propone luchar en favor de las siguientes reformas”.

Y sigue luego lo que se llama el programa mínimo.

Producción y apropiación

Esta declaración de principios comienza con la constancia de que la

apropiación privada de los medios de producción y de cambio — y podría añadir de la riqueza en general — frente a la producción que se realiza en forma social, constituye el signo característico del régimen económico sobre el cual descansa la organización de la sociedad capitalista.

Una de las comprobaciones más luminosas trascendentales del célebre manifiesto comunista en que Marx y Engels enunciaron las bases científicas del socialismo moderno, es la de que en el seno del orden social contemporáneo se advierte una contradicción profunda: la contradicción de que mientras la producción ha llegado a ser un fenómeno eminentemente social, y lo es más cada día, la apropiación continúa siendo individual y exclusiva. Que la producción asume rasgos cada vez más marcados de acción colectiva en el crecimiento, en el encadenamiento de los hechos económicos y de los esfuerzos humanos, es algo que salta a la vista apenas detenemos la mirada sobre el proceso de elaboración de cualquiera de las cosas que están en el comercio de los hombres. Recordemos el bello artículo de Rafael Barret sobre la pluma de escribir. Podemos que en la fabricación de un alfiler, — ese utensilio tan diminuto que levantamos cogiéndolo entre las yemas de dos dedos — han intervenido innumerables elementos, múltiples fuerzas, todo un vasto y complejo mecanismo de actividades convergentes. Su metal ha sido arrancado a las entrañas de la tierra, a muchas leguas del sitio donde se fabrica, por hombre que se

mueven en el corazón oscuro de miradas profundas, que son a su vez grandes organismos de trabajo, y ha sido transportado con el concurso de muchos brazos y de muchos alanes, en buques y en ferrocarriles a través de inmensas distancias, para llegar finalmente a la fábrica, levantada con el concurso de muchos esfuerzos combinados, de muchos trabajadores unidos, y en la cual máquinas maravillosas realizan con admirable precisión complicadas tareas, y donde vive, en esas máquinas y en las actividades de los hombres que las guían o las secundan, el genio todopoderoso de la cooperación y de la división del trabajo.

Y todo eso se ha puesto en acción para dar nacimiento a una cosa tan pequeña! Todo ese conjunto de fuerzas sociales y de poderes humanos se ha movido con regularidad creadora para dar a la luz ese sutil clavito de acero, generalmente destinado a deslizarse en el cumplimiento de menudos menesteres familiares, entre finos y hábiles dedos de mujer.

Y luego, para llegar hasta nosotros, para venir hasta nuestras manos, ¡cuántos nuevos esfuerzos combinados, cuántas voluntades y energías aunadas en la misión, en la función de transportar, de distribuir las mercancías! Y he ahí que frente a ese fenómeno de la creación y distribución industrial, con un significado tan pronunciadamente colectivo, continúa siendo individual y privada la apropiación de los valores creados y del capital constituido!

Los medios de trabajo están su



metidos a un sistema de apropiación que presupone la producción aislada individual, en la que cada productor es dueño de su medio de producción y, por consiguiente, de sus productos, y él mismo los lleva a vender. Esto, que ocurría antes del advenimiento de la gran industria, en la época del feudalismo, de la servidumbre y de las corporaciones de oficios — instituciones que la burguesía revolucionaria suprimió realizando un progreso, porque eran, sobre todo, obstáculos a sus necesidades de expansión económica y a sus aspiraciones de dominación económica del mundo — eso no ocurre ya y de ahí ese conflicto profundo, origen de todos los conflictos y de todos los antagonismos sociales. Y si ese conflicto perdura es porque las normas jurídicas que reglamentan el hecho económico de la propiedad, no han evolucionado de acuerdo con las modificaciones sufridas por las fuerzas y los modos de producir; pero el factor económico, las fuerzas materiales del trabajo, creadoras de toda riqueza y sostenedoras de la vida social, arrastran la superestructura jurídica de la sociedad hacia las modificaciones que la ponen en consonancia con las formas actuales y vivas de dicho factor, adaptándolas a su marcha incesante hacia la completa socialización. Y de ahí que la total desaparición de la propiedad privada de los medios de producción y de cambio, deberá operarse indefectiblemente. O en otros términos: el movimiento socialista que tiende a modificar o sustituir la constitución jurídica de la sociedad; que suscita o impo-

ne nuevas formas de Derecho suplantando las antiguas; que trata en una palabra de suprimir ese conflicto, el de la fuerza productora con el sistema de apropiación, se realiza en el sentido de la evolución histórica, propiciándola, librándola de obstáculos y respondiendo al imperativo categórico de las circunstancias que la determinan y la impulsan.

Propiedad y Propietarios

Por el momento, el desarrollo mismo de la economía capitalista, conduce al capital hacia formas de socialización que ponen bien en evidencia su índole parasitaria. Ese desarrollo, que lleva el crédito a sus últimos extremos y provoca grandes crisis, formidables crisis periódicas como consecuencia de la anarquía reinante en el campo de la producción, dan lugar a la socialización de grandes masas de medios de trabajo, como lo vemos en las sociedades por acciones. Muchas veces esas grandes fuerzas de producción y de circulación, tienen desde el principio proporciones tan gigantescas que no admiten otra forma de explotación capitalista, como, por ejemplo, los caminos de hierro, las líneas de navegación, etc. A veces el Estado tiene que hacerse cargo de la dirección de esa fuerza productora, y debe hacerlo, por lo demás, cada vez que una de esas poderosas empresas ejerce un monopolio de hecho sobre toda una zona de la riqueza social sometiendo al pueblo todo a un verdadero vasallaje económico.

Entretanto se va viendo a lo que queda reducido el papel social de los capitalistas, que se limitan, en su calidad de accionistas, a embolsarse los dividendos y a cortar de tanto en tanto un cupón para cobrar las rentas correspondientes. Pero es ley inevitable en la historia que cuando una clase deja de cumplir en la compaginación social una misión útil, necesaria, esa clase se acerca rápidamente al momento de su caída o de su desaparición. Los nobles y los señores feudales quedaron condenados a desaparecer como clase el día en que la invención de la pólvora y la fabricación de las armas de fuego hizo posible la transformación de cada campesino o de cada artesano en un soldado, y no tuvo ya entonces más razón de ser el mantenimiento de los señores, con sus gentes de armas para que hicieran la guerra mientras el pueblo bajo trabajaba. Así también las formas de trabajo, que reducen o que relegan a los capitalistas a un papel absolutamente pasivo decretan la muerte histórica de su clase. Las sociedades por acciones, cuyo número crece día a día, ofrecen la particularidad de que en ellas desaparece todo medio de unión entre el objeto de la propiedad y la persona del propietario. Frecuentemente los accionistas de una de esas grandes compañías ignoran en absoluto la marcha y el funcionamiento de las minas. En estos países de América actúan muchas de esas colosales empresas, cuyos accionistas no saben ni siquiera el sitio que ocupamos en el mapa, y se gastan bonitamente en Londres, en Nueva York o en Pa-

rís los dividendos de nuestros ferrocarriles, de nuestros tranvías y de nuestros frigoríficos. Se establece una separación a veces de muchos miles de leguas, entre el objeto de la propiedad, la propiedad misma, y la persona del propietario. El propietario se libra así de los cuidados y de las molestias que la propiedad pueda llevar consigo, y se reserva tan solo, exclusivamente, los beneficios.

Observando este hecho Jaurés decía: “Es muy significativo el que los propietarios burgueses comienzan a separar su fortuna de su propia individualidad, y si la propia individualidad es aquella en que el individuo se compromete, todo el esfuerzo del capitalismo moderno se dirige contra la propiedad individual”.

La fatalidad del socialismo y la voluntad humana

Hay, pues, una orientación general inmodificable hacia la socialización, hacia el colectivismo. Se dirá que si el colectivismo tiene que venir fatalmente brotando de la entraña de la sociedad capitalista, como ésta brotara del seno del régimen feudal, no tiene razón de ser el empeño militante de los socialistas que quieren mover las grandes masas en favor de sus concepciones sociales.

Contestaré que, desde luego, ni la interpretación más estrecha del materialismo económico puede prescindir del factor humano como sustancia viva de la historia y elemento activo de su transformación. El hombre se mueve entre fuerzas so-

ciales y bajo la influencia de condiciones de hecho que lo arrastran en una corriente que involucre su voluntad, su conciencia y su sensibilidad; pero las fuerzas impersonales y colectivas que obligan el curso de esa corriente, actúan por intermedio y en virtud de voluntades humanas.

La historia de la humanidad se ha dicho — y es precisamente el materialismo histórico quien lo dijo — no es en realidad otra cosa más que la historia de lucha de clases, y esa lucha es cosa de hombres. se hace con la intervención de voluntades humanas; es la voluntad de las clases, guiada y dirigida por su interés, la que entabla y sostiene esa lucha. Las instituciones están hechas para los hombres: hombres las hacen y hombres las aplican. Los modos de vivir de una colectividad o de una clase determinan su modo de pensar y de sentir; pero los modos de vivir de los hombres, los hombres pueden modificarlos. La capacidad de hacerlo depende, claro está, de circunstancias o intereses más o menos poderosos, pero los intereses luchan contra los intereses, las ideas contra las ideas, las nuevas formas de derecho pugnan con las viejas y ya hemos visto cómo instituciones jurídicas, caducas, anaerónicas, perduran, aunque no respondan ya a las evoluciones operadas por las fuerzas económicas en el campo de la producción.

Por eso es necesario conquistar conciencias para luchar. Si no se lucha, el pasado se prolonga en la vida del presente y detiene o retarda la marcha de todo el proceso evolu-

tivo hacia formas superiores de convivencia humana. Cada vez que toco este punto me viene a la memoria el bello símil de Turatí, el gran maestro y apóstol del socialismo italiano, que compara la sociedad a un barco impulsado por la corriente histórica hacia la playa del colectivismo. Dentro de ella, ¿cuál debe ser el papel de los socialistas y de los obreros? ¿Es permanecer cruzados de brazos viendo cómo la corriente empuja la nave? No por cierto. Nuestra obligación es empuñar los remos y apoderarnos del timón para acompañar con nuestro impulso la acción de las aguas y para contrarrestar el esfuerzo de los reaccionarios que, dentro de la nave, hacen todo lo posible para detener su marcha, para obstaculizarla, para desviarla, para perturbarla, para hacer que remonte, siquiera sea por un momento, la corriente y a costa de profundas y dolorosas perturbaciones desande el camino.

La lucha de clases

El socialismo lleva a la clase obrera a esa lucha. Mejor dicho, lleva hasta ella la conciencia de esa lucha y la aptitud colectiva para sostenerla con éxito; pero no la crea, porque ella es inherente, como acabamos de ver, a la organización económica de la sociedad capitalista. Las luchas entre la burguesía y el proletariado, por ejemplo, preceden al Socialismo. Los trabajadores suelen no necesitar de las prédicas socialistas para sentir sus propias penurias y aspirar a atenuarlas. Su interés de clase — excepto en los

medios muy atrasados, como nuestra campaña, donde además del atraso mental de los habitantes hay condiciones de hecho relativas al sistema de explotación agraria sobre la base del latifundismo pastoral, que dificultan grandemente la unión, la reunión de los obreros en masas más o menos grandes e impiden el contacto de los espíritus, la formación de esa atmósfera espiritual que se establece cuando los obreros se pueden acercar y reunir, como ocurre en las ciudades, y más especialmente en los grandes talleres, — su interés de clase, decía, los mueve a asociarse con sus compañeros de trabajo y de sacrificio para defenderse mejor. Así, en Atenas el pueblo lucha contra la nobleza; los "sextarios" contra los dueños de la tierra: los trabajadores contra los eupátridas. Así en Roma, los esclavos, encabezados por Espartaco y la plebe que los Gracos defendían; así los siervos de la Edad Media en la Jacquerie.

El Socialismo no desconoce que dentro de su clase los empresarios obedecen a la ley de su interés, que consiste, por imposición de la libre concurrencia, en producir con el menor costo posible, lo cual tratan de conseguirlo de dos maneras: una, a expensas de los trabajadores, o sea, haciéndolos trabajar lo más posible y pagándoles lo menos posible; otra, perfeccionando la técnica industrial. Las dos formas son funestas para los trabajadores, si éstos no logran evitar la primera y contrarrestar los efectos que acompañan a la segunda, y son graves cuando no se les neutraliza, porque las máquinas al principio los desalojan. Establecen formas de labor intensas y conti-

nuas; permiten el empleo de las mujeres, el de las niñas y los niños, que el brazo de hierro de la fábrica va a arrancar al seno de los hogares. Luego, la producción, el exceso de producción, en medio de la anarquía reinante en el régimen de la libre concurrencia determina de tanto en tanto grandes crisis de trabajo en las que los productos abundan, pero los trabajadores, que por eso mismo se quedan sin salarios, no tienen con qué aprovechar de esa abundancia. Las fábricas se cierran, las grandes masas de obreros salen dispersos a ofrecer al capital por las remuneraciones más mezquinas: aumenta el ejército de los desocupados y baja el tipo general de los salarios. La clase proletaria tiene que ampararse contra estas contingencias. Entabla para ello una lucha que empieza por ser instintiva y que asume a veces formas destructivas y torpes, como la destrucción de las máquinas a que se entregaban a principios del siglo XIX, las multitudes proletarias en las ciudades de Europa. El Socialismo es un elemento orientador y regulador de esa lucha. El lleva a la mente de los trabajadores la noción exacta de su real interés, y la mejor manera de defenderlo. Repudia las formas de violencia destructivas, que son antipáticas cuando no francamente abominables, o inútiles y contraproducentes, sobre todo en sociedades donde son posibles acciones más prácticas y más eficaces, que no inferiorizan de brutalidad al espíritu de las masas, sino que lo educan y elevan.

Por eso los socialistas no habla

mos, como otras tendencias revolucionarias, de guerra de clases, sino de lucha de clases. La guerra presupone el odio al enemigo y la adopción de todo medio, porque la guerra se hace entre enemigos; la lucha es posible entre adversarios. El Socialismo no predica el odio entre las clases y menos entre los hombres, aunque pertenezcan a clases distintas y antagónicas; entre los hombres predica, por el contrario, el amor y la fraternidad. Su acción no va contra los individuos, sino contra las instituciones, porque no es una acción de clase contra individuos, sino una acción de clase contra clases.

La acción de la clase obrera

Por lo demás, ¿qué debe entenderse por clase obrera? Liebknecht dejó escrito que el concepto de clase obrera no debe ser demasiado estrecho. "Debe comprenderse en él a todos los que viven exclusivamente o "principalmente" del producto de su trabajo y que no se enriquecen por el concurso del trabajo de otros. Deben ser comprendidos, precisaba, además de los trabajadores asalariados, la clase de aldeanos y esa pequeña burguesía que cae cada vez más en el proletariado, es decir, todos los que sufren las consecuencias del sistema actual de la gran producción".

La declaración de principios de que he leído un fragmento, dice también que a la clase de los productores asalariados pertenece cuanto trabajador sufre la opresión del capital. Dentro del radio de acción

de esa clase pueden y deben entrar, por consiguiente, muchos de los sectores de la llamada clase media, como ser muchos profesionales, todos los empleados, algunos funcionarios públicos, ciertos pequeños comerciantes, los pequeños propietarios rurales que son productores campesinos, sobre todo cuando esa acción rebasa el límite de los simples movimientos gremiales y pasa al plano de las actividades políticas en que los ciudadanos pueden participar desde diversas posiciones sociales en un mismo esfuerzo público.

El Socialismo extiende la acción de la lucha de clases al campo de las actividades políticas, porque es esencialmente un movimiento político con fines sociales. La extiende porque la acción del elemento obrero organizado gremialmente se ha visto trabada por la ley, como ocurría cuando los parlamentos en los países industriales prohibían la coalición y la huelga; porque las leyes impositivas pueden hacer ilusorias todas las mejoras de salario; porque la ley puede sustituir y adelantarse a la potencialidad de las organizaciones, implantando reformas, como ocurrió entre nosotros con la jornada de ocho horas, que los gremios no habían podido implantar por sí solos de un modo general y menos permanente; porque la ley puede rodear de garantías a las organizaciones; porque puede dar estabilidad a las conquistas realizadas por éstas; porque la actuación política es necesaria para obtener la modificación o la supresión de las formas jurídicas y sociales que obstaculi-

zan la marcha de la evolución y del progreso histórico, y para imponer las nuevas instituciones civiles o políticas reclamadas por el espíritu moderno; finalmente, porque la clase obrera debe adueñarse del poder público para completar y llevar a la cima la obra cotidiana revolucionaria que realiza elevándose e imponiendo gradualmente sus aspiraciones de reparación y de justicia. Nosotros deseamos que conquiste el poder pacífica y democráticamente, y que al mismo tiempo que va creciendo en potencialidad de acción, crezca en capacidad de dirección y de comprensión, porque no nos parece deseable que la clase obrera de un país se adueñe del gobierno antes de estar preparada para dar racional solución a los problemas inherentes al ejercicio del poder y a los cambios sociales que le tocará llevar a término.

Socialismo y democracia

El socialismo es democrático; mejor aún: es la fórmula social de la democracia. Quiere erigirse en la voluntad y la aspiración de la mayoría; quiere arrastrar a la mayoría y formar con ella un solo cuerpo y un solo espíritu. Pugna por transformar la simple democracia política en democracia social.

Y en esta lucha, en esa acción, han de acompañarnos todos, sean o no obreros, cuantos sienten y comprenden la razón profunda y humana de ese movimiento que en el orden interno consulta las más genuinas conveniencias nacionales y en el

orden internacional trata de garantizar la paz y la fraternidad entre todos los pueblos de la tierra. Porque la nación, que según el pensamiento de Diderot en la Enciclopedia, es miserable cuando el jornalero es miserable, sólo se engrandece en el buen sentido de la palabra, cuando el pueblo, la masa laboriosa, vive mejor y se eleva moral y materialmente; y la paz entre los pueblos sólo se garantiza sólo se asegura, cuando se hace de todos los trabajadores del mundo una sola inmensa legión de hermanos, y se levante en cada país, por encima de los odios de raza, de la rivalidad o de la codicia de los grupos capitalistas enemigos, y por encima del extravío nacionalista que sueña con expansiones territoriales o hegemonías políticas, el sentimiento y el ideal de la solidaridad humana conjuntamente con un sagrado respeto por la vida de los trabajadores, que son las primeras y más grandes víctimas expiatorias de toda guerra internacional.

El triunfo del socialismo significa todo eso y a él pueden contribuir por tanto los hombres de corazón y de conciencia aunque no sean obreros. Si son pudientes, no les exige renunciar a sus ventajas económicas, porque él no consiste en que tal o cual propietario se despoje de su propiedad, sino en una transformación general que suprime todos los propietarios, y porque además esas ventajas económicas pueden ser muy útiles a los fines de la propaganda del ideal o cuando menos han de per-

mitirle a ese privilegiado disfrutar en bien de la causa de una independencia y hasta de una influencia personal de que no gozaría probablemente si se transformara en un simple asalariado. La política del pueblo obrero, aunque realizada por el órgano de un partido de clase, no es una política de clase; es una política social que favorece a la sociedad amparando los intereses más legítimos que en ella se agitan, como son los intereses de los productores, e impulsándola a la solución amplia y humana de los problemas que la ensombrecen. El proletariado, como no tiene ningún privilegio que defender, es la única clase social que cuando lucha lo hace por una causa humana, que está por encima de la causa de su simple y propio interés.

El oprimido, cuando brega por emanciparse, puede invocar además de su conveniencia personal la justicia y los sentimientos de humanidad identificados con su esfuerzo.

Las ideas que informan e inspiran esta política, a veces se imponen indirectamente, es decir, no por el órgano de su partido propio, sino por medio de otros partidos, de fracciones políticas de la burguesía que obedeciendo a la presión de la propaganda socialista entre el pueblo o a la simple acción de presencia del partido de clase, adoptan algunos postulados de su programa. La burguesía no es un block homogéneo ni la sociedad puede dividirse en franjas netamente inconfundibles que no se influyan ni coincidan en ningún punto de su extensión; la clase domi-

nante está surcada por corrientes distintas que chocan entre sí y pugnan, y el socialismo suele sacar provecho de estas circunstancias.

Socialismo y liberalismo

No les desagrada a los socialistas que los partidos de la clase dominante adopten sus ideas y lleven a la práctica algunas de sus proposiciones; por el contrario, una de sus mayores glorias presentes es la de haber obligado al liberalismo político en todos los países de sufragio universal a cambiar de posición ante la influencia creciente del pensamiento socialista en la mentalidad contemporánea. Los partidos liberales en casi todos los países del mundo han abandonado aquel individualismo económico que tenía su más exacta y feroz expresión en el liberalismo manchesteriano, anti-intervencionista, enemigo de la intervención del Estado en las cuestiones del capital con el trabajo, partidario acérrimo del "laiser faire", "laiser passer".

Hoy todos esos partidos han evolucionado, poco o mucho, hacia un socialismo de estado democrático y ninguno de ellos hace ya suyos aquellos conceptos con que Treitsche defendía en Alemania el liberalismo, diciendo que la desigualdad de las clases surge necesariamente de la civilización fundamental de la sociedad y que es justo y fatal que haya siempre una mayoría de hombres condenados a vivir en una situación mediocre, y que sólo una minoría puede gozar de los bienes superiores de la civilización.

El socialismo ha obligado a los partidos liberales, al liberalismo político a abandonar su individualismo brutal, y lo ha hecho colaborar en la obra de abrir los horizontes del derecho privado, del derecho público y de la evolución económica para preparar el campo hacia las más grandes conquistas sociales del futuro.

El socialismo, pues, no aparece ahora como una negación, sino como una superación del liberalismo, de aquel individualismo liberal triunfante con la gran revolución francesa, porque más sincero que él, salva la idea de libertad y asegura al individuo la autonomía completa en el seno de una sociedad bastante fuerte y armónica como para garantizarle el goce de ese bien, y no incurrir en la contradicción funesta de exaltar por encima de todo los derechos del individuo y permitir que en nombre de esos derechos unos cuantos privilegiados arrebaten la independencia y hasta supriman la personalidad a la inmensa mayoría fecunda de los hijos del pueblo.

Y voy a terminar. No es posible, sin abusar de la benevolencia y de la atención de un auditorio, tocar todos los puntos de un tema tan amplio, con tantas proyecciones y tantas ramificaciones.

Yo me consideraría feliz si con esta desordenada exposición hubiera conseguido sugerir siquiera al espíritu de mis oyentes la idea de que el socialismo contiene el remedio de los mayores males que aquejan a todas las naciones del mundo civilizado, inclusive naturalmente la nuestra, con su lamentable cons

titución agraria, con su latifundis-
mo pastoril, con su atraso rural,
con su despoblación, con su tre-
mendo burocratismo parasitario; y
que el socialismo significa, por
consiguiente, la salud en la enfer-
medad dolorosa e inquietante de la
civilización contemporánea.



